

NOCHEBUENA

Nochebuena, en el pueblo, y en la aldea,
se cantan los villancicos,
que enseñaron las abuelas.

Nochebuena, en la ciudad,
árboles de Noel, con música de jazz.

Canción de villancicos, ¡qué bella eres!,
cómo nos habla siempre al corazón,
y, cómo nos traes recuerdos de los que fueron,
y qué ya bajo el cielo gozan,
la paz de Dios.

¡Oh, clara noche de Nochebuena!,
¿quieres guardar mis penas por un momento?;
no quiero que vean que estoy llorando,
cuándo yo bien quisiera, poder cantar.
¡Paso a la Nochebuena, un año más!

¡Villancicos, sonar, fuerte, muy fuerte!
No dejáros vencer en esta noche,
en que, la aldea canta, lo que aprendió
de aquella viejecita, risueña y buena,
que está viviendo siempre en tu canción.

Esta noche es Nochebuena,
y es noche de cantar.
¡Bajar ángeles a la tierra,
para darla amor y paz!

¡Amor y Paz!, canción de abuelas
que solo saben amar.

¡Esta noche es Nochebuena!
y mañana.....¡¡Dios dirá!!

AMADEO LORENZO

Diciembre 1969

V CENTENARIO DEL MATRIMONIO DE LOS REYES CATOLICOS

LA NOVIA DE EUROPA

Los pretendientes de la genial princesa, Isabel de España



ON sobrada razón saltó al plano histórico la denominación de «Novia de Europa», merecida por la insigne princesa castellana, Doña Isabel, creadora de la unidad hispánica y cimentadora del más vasto imperio de nuestra corona ibérica.

Originales noviazgos en los que los últimos en conocerse eran los propios prometidos. Parece mejor decir que existían pretendientes a las coronas, reinos o estados, antes que a las personas de sangre real.

Motivos estos muy discutibles al tratar de analizar las razones intrínsecas del verdadero matrimonio. Los efectos dramáticos de algunos casos, impulsan a dudar de la plena libertad y sincero amor de los contrayentes.

Isabel de Castilla, con dieciséis primaveras, es la auténtica novia de Europa, solicitada por reyes, príncipes y nobles de las cortes más influyentes. Su nombre, su ingenio, su belleza y sus virtudes, son conocidas y ponderadas en los regios alcázares y en los palacios de los grandes.

PRINCIPE FERNANDO.

Desde muy niña, y al margen de los infantiles pensamientos isabelinos, comenzaron las gestiones para concertar el matrimonio de la privilegiada infanta. El 20 de Mayo de 1457, los monarcas Enrique IV y Juan de Navarra, proponían a largo plazo, los desposorios de los niños Isabel y Fernando, de seis y cinco años, respectivamente.

Poco sabemos de las relaciones familiares y amistosas, en este breve período, entre los reyes concertantes. Cabe la sospecha de que alguna vez hablasen a los niños de su futuro y que, en los vírgenes

corazones de esta inocente pareja, quedase arropada la semilla de un cariño ingenuo y noble, capaz de convertirse, al correr de los años, en sincero y cristiano amor matrimonial y hondamente patriótico.

Dejamos en el aire este interrogante: ¿Hubo alguna entrevista infantil o familiar entre los futuros esposos?

CARLOS, PRINCIPE DE VIANA.

Pocos años después, Carlos, el Príncipe de Viana, intenta desplazar al niño Fernando, y solicita la mano de la infanta Isabel para frenar los peligros que amenazaban sus pretendidos derechos hereditarios, Pero ni su padre ni su madrastra lo aprobaron. Así empezaron las intrigas, rebeldías, o interesados conatos de una y otra parte con proposiciones y exigencias. Motivos partidistas tomaron a Carlos, Príncipe de Viana, como juguete de sus ambiciosas arbitrariedades.

Pero el 11 de Octubre de 1461, el infante Don Fernando era jurado príncipe heredero en las Cortes aragonesas de Calatayud bajo la tutela paterna; y luego, el 22, en Barcelona.

DON ALFONSO V, EL AFRICANO, REY DE PORTUGAL.

Sólo contaba la infanta trece abriles y era objeto de las matrimoniales apetencias de muchos, dentro y fuera de España. Pocos, sin embargo, jugaban con las manos y el corazón limpios de interés y egoísmo. Mézclanse razones dinásticas, rivalidades, injusticias y aspiraciones matizadas con múltiples y ruines motivos.

Ahora el pretendiente es el rey portugués Alfonso V, viudo y mayorcito. Le pareció aceptable la tierna infanta, y acudió al santuario extremeño de Guadalupe para hacer una novena a la Morenita de las Villuercas y ganar la voluntad de la bella y discreta princesa. Los bajos fondos de estas proposiciones repugnaban a la limpia y delicada Isabel. El clima nauseabundo de la corte de su hermano y los privados asqueaba a la pulcra doncella.

Dolido y con justa pena se lamentaba el noble caballero Gómez Manrique, hermano del conde de Paredes, con estos versos:

«Los cuerdos fuir debrían

de los locos mandan más
que cuando los ciegos guían
¡guay de los que van detrás!»

DON PEDRO GIRON, MAESTRE DE CALATRAVA.

Escisiones y rebeldes banderías culminaron en la famosa y carnavalesca deposición del monarca impotente. Para animarle y ganarse su regio favor, Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, le brindó 3.000 escogidas lanzas y 70.000 doblas de oro, con la petición de que entregase a la infanta Isabel para esposa de su hermano Don Pedro Girón, Maestre de Calatrava, y fraile profeso, que había logrado licencia de Roma para casarse.

Aceptó Enrique la vil propuesta a cambio de la influencia de los dos poderosos hermanos y ordenó que todo se dispusiera para la regia boda sin pérdida de tiempo.

Noticiosa Isabel de la indigna jugada con que su propio hermano intentaba victimarla y envilecerla como mujer y como infanta, lloró amargas lágrimas, y elevó sus fervientes plegarias, ayunos y vigiliias para obtener del Señor su ayuda divina.

Doña Beatriz de Bobadilla, la más íntima de sus damas y confidentes desde niña, dijo a la angustiada princesa: «Dios no lo permitirá, ni yo tampoco». Y la mostró un puñal que prometió hundirlo en el corazón del viejo y rijoso Maestre cuando se acercase a ellas.

Dios escuchó las oraciones de Isabel. Puesto en camino el Maestre, se sintió enfermo y falleció en Villarrubia, cerca de Ciudad Real, de unas anginas purulentas.

EL HERMANO DE EDUARDO IV, REY DE INGLATERRA.

El bochornoso fracaso de la pretensión portuguesa con la ridícula embajada que la inteligente princesa rechazó con un gesto casi burlesco, no frenó las ciegas ambiciones de Enrique IV, ni de los aspirantes extrapeninsulares.

Un hermano del monarca inglés, Eduardo IV, probablemente Ricardo, duque de Gloucester, solicitó la mano de Isabel, mediante sendas alianzas antifrancesas firmadas por Enrique IV en 1465 y 1467. Aunque después el monarca castellano, no tuvo reparo en revocar

todos los tratados, escribiendo desde Ecija, y alegando que no estaban conformes los Prelados, los Grandes ni los Procuradores de ciudades y villas. Así se deshizo el nunca aconsejable matrimonio entre Isabel y el hermano del rey Eduardo IV.

DON CARLOS, DUQUE DE GUYENA.

Poco esfuerzo necesitó Enrique IV para inclinarse hacia los deseos del Rey Luis XI de Francia, quien envió, como especial embajador, al ampuloso y retórico, hábil intrigante y político, Cardenal de Albí, Jean Jouffroy, para solicitar que la princesa Isabel contrajese matrimonio con el hermano del monarca francés, Carlos, duque de Berry y Guyena.

Tuvo que llegar a Córdoba para entrevistarse con el monarca castellano y soltarle un ciceroniano discurso. Desde allí pasó a Coca, donde saludó a la joven y avisada princesa, y con otro sonoro y elocuente discurso, ponderó añejos sentimientos de amistad, estériles y caducos. Isabel respondió con muy breves y discretas razones sin comprometerse y dejando una tenue esperanza en el purpurado con la habilidad de un avezado diplomático.

SOLO DON FERNANDO DE ARAGON. REY DE SICILIA.

Cada vez los pretendientes de Isabel llegaban con mayor impaciencia y decisión, porque la demora siempre se tornaba en peligro de fracaso. Los intentos del año 1469 fueron audaces. Las medidas tomadas por su hermano Enrique IV, aconsejado casi siempre por hombres de mal espíritu, comprometían la libertad de la princesa Isabel.

Tampoco estaban dormidos los pretendientes de Aragón. En el corazón virginal de Isabel ardía la llama purísima de aquel cariño infantil sembrado a los seis años. Y ella lo guardó, como fuego sagrado, con celoso y secreto mimo.

Impaciente el Primado de España y terco defensor del casamiento de Isabel y Fernando, reclamó con urgencia 20.000 florines de oro y el collar rico, valorado en 40.000 ducados para brindarlo a la princesa como arras del futuro enlace. Isabel se llenó de gozo al recibir tan valiosos y significativos presentes.

Complacida y satisfecha por la voz interior, y refrendadas sus preferencias por Fernando con la aprobación de los Grandes y la razón histórica, escribió, el 8 de Septiembre de 1469 a su hermano Enrique IV, manifestando su irrevocable y firme decisión de casarse con el príncipe aragonés.

Desde Madriçal se trasladó bien escoltada a Valladolid en 30 de Agosto, donde comenzó sus preparativos esponsalicios. Dos emisarios partieron a Zaragoza para disponer el viaje del contrayente. Difícil empresa por las complicadas circunstancias, que fue resuelta con audacia. El 6 de Octubre salió la comitiva de Zaragoza, dividida en dos para disimular. Y el príncipe hubo de disfrazarse, fingiéndose criado de mercaderes para el cuidado de las mulas. En la primera posada sirvió la cena a sus acompañantes. Descansaron el domingo, día 8, en Gumel, y luego se dirigieron hacia Dueñas,

Celebradas las concertadas entrevistas y cambiados los regalos esponsalicios, firmaron en el palacio de Juan Vivero las actas de desposorios y fijaron el jueves, 19 de Octubre, para la histórica ceremonia de la regia boda de Fernando e Isabel de Castilla.

Feliz y honroso epílogo de la gran «Novia de Europa». Tremendos e incontables fueron los conflictos, luchas, intrigas y persecuciones de la joven y codiciada princesa castellana; pero la ayuda del cielo la defendió celosamente en aras de su colosal destino histórico.

Un poeta extremeño, emocionado ante el genial perfil de esta insuperable mujer, cantó este piropo a la inmortal Isabel la Católica:

«Si no fuera tan notoria
tu amarga y sabia contienda,
yo tomara por leyenda
la grandeza de tu historia.»

TEODORO FERNANDEZ

GUADALUPE Y LOS REYES CATOLICOS



ON motivo del V centenario de la boda de los Reyes Católicos, en cuyo reinado cuenta un poco la provincia de Cáceres y especialmente el preciado rincón de Guadalupe, vamos a dar a conocer éste, ya que jugó un papel decisivo durante la época que rigieron los destinos de la nación los excelsos soberanos.

El pintoresco pueblo se formó en torno a la ermita erigida en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe — conocida asimismo por la «Morenita de las Villuercas» —, cuya imagen aparecióse al vaquero de Cáceres, Gil Cordero de Santa María, hacia el año 1330.

Situado en lo más espléndido de la cordillera Carpetana y defendido por las Altamiras — 950 metros — y abruptas Villuercas — 1.750 metros —, la naturaleza le dotó de montes elevados, hermosos valles, de una frondosa vegetación y suelo fértil, riquísimo, en el que abunda toda la gama de frutales.

Sobre los parajes guadalupanos, decía don Antonio Madoz, el gran escritor e infatigable viajero, en su documentada y notabilísima obra «Diccionario geográfico histórico y estadístico de España», que son «la serranía más amena y deliciosa que hay en España, sin que se encuentre un palmo de tierra que no sea fructífero, a pesar de las nieves y tempestades; se ven castaños, encinas, robles, fresnos, avellanos, alcornocques, jara, madroña y otros arbustos; abunda en fuentes naturales de agua fría, cristalina y rica, teniendo su origen en ella los ríos Guadalupe, Ibor, Rucas y Vieja».

Beneficiado Alfonso XI por los milagros logrados por la Virgen Morena, visitó estos lugares y mandó edificar un santuario, orgullo del arte español, seis veces secular, albergue original, que abarcó distintas facetas, para atender a cuanto fuese necesario.

No había de ser sólo el vencedor de la memorable batalla del Salado quien favoreciese la fundación religiosa. En 1474, a la muerte de Enrique IV *el Impotente*, fueron proclamados reyes Doña Isabel y Don Fernando.